

SUMARIO

La nueva campaña de Marruecos.—Las dos guerras, por el Capitán Subrijo Escápula.—El instinto en la estrategia y táctica de los franceses, traducido por el Marqués de Zayas.—El sitio de Yanina.—El nuevo obús del ejército francés.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliegos 45 y 46 de «Geografía Universal» (2.º tomo), por D. Luís Trucharte.
Croquis núm. 1 y 2, índice y cubiertas de «La resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla».

LA NUEVA CAMPAÑA DE MARRUECOS

De nuevo ha estallado la guerra en los campos africanos, tanto en los territorios vecinos al Atlántico, como en los inmediatos á Tetuán y Ceuta, siendo de suponer que repercutirán los sucesos hacia Melilla y en el corazón del Rif, en el amplio sector que queda sin ocupar entre Ceuta y Melilla.

En esta campaña, lo mismo ó tal vez más aún que en las anteriores, las ventajas estratégicas están de parte del enemigo: ocupa una posición central y se mueve al amparo del terreno y con la retirada siempre asegurada, mientras que nosotros no podemos apartarnos demasiado de nuestras bases, lo que nos obliga á retiradas después de cada avance, y hemos de operar en tres direcciones diferentes y en comarcas aisladas entre sí, sin posibilidad de enlazar debidamente las operaciones.

Y sin embargo este enlace entre los teatros de la guerra sería la condición más favorable para que la campaña tuviera un éxito inmediato y diera más decisivos resultados. Mientras esto no sea posible, el enemigo tendrá siempre donde refugiarse y le bastará trasladarse á algunos kilómetros de distancia de nuestras columnas para encontrarse seguro y en disposición de reponerse de sus quebrantos y pérdidas.

Se ha hablado mucho del sistema francés de la “mancha de aceite,, aplicado con tanto éxito en Argelia y más recientemente en Marruecos; pero la verdad es que el tal sistema se denomina impropriamente de aquel modo. La “mancha de aceite,, cuando se aplica á partir de uno, dos ó tres puntos, presenta el gravísimo inconveniente de repeler al enemigo hacia regiones más distantes, en donde no tarda en encontrar recursos y refuerzos; las poblaciones de los territorios enclavados en la “mancha,, acaban por someterse de grado ó por fuerza, toda vez que de lo contrario no po-

drian subsistir, pero quedan á merced de las incursiones, amenazas y represalias de los moros del interior; y de esta suerte, se necesitaría un ejército verdaderamente colosal para imponerse á los indigenas de la zona de influencia europea. Se llegaría entonces á la verdadera ocupación militar de todo el país, pero no hay que pensar en eso, á menos de mantener en Africa un ejército de cerca de 200.000 hombres en perpétuo estado de combatir y en constante movilidad

El sistema francés no es el que forzosamente y con buen resultado hubimos de aplicar en Melilla; allí no cabía escojer, porque sólo disponíamos de una puerta de entrada y de una única base de operaciones; se arrojó al enemigo hacia el interior, se buscó una frontera natural bastante fuerte y se guardó y vigiló el perimetro, lo cual tuvo como consecuencia extender los limites de nuestro territorio, pero sin que ello implicara la sumisión de todas las kábilas de la región; las situadas fuera del perimetro continuán tan montaraces y guerreras como antes, según acaba de demostrar lo sucedido recientemente. Las "manchas de aceite," han de ser varias, pero sin tratar de extenderlas tanto que lleguen á ser tangentes ó se confundan las unas con las otras; basta que haya algunas con centros cuidadosamente escojidos, y enlazarlas por medio de columnas volantes que operen en combinación y que partiendo de una de ellas se trasladen y terminen en la otra; de esta manera se evita el sistema de las retiradas después de los afortunados avances, retiradas que si bien no son tales en el aspecto militar del vocablo, ejercen una influencia alentadora entre los rifeños y les sirven de pretexto á los agitadores para hacer creer que han triunfado, atrayendo refuerzos del interior; claro es que se les castiga sucesivamente, pero es tan corta la cultura de aquellas gentes y tan pocas las relaciones que hay entre las las kábilas, que antes que se enteren algunas de la verdad de lo que acontece hemos tenido que sostener combates en los mismos lugares con contingentes allegados en muy diferentes y apartadas comarcas.

Las operaciones que realizaron los franceses cuando el socorro de Marrakeús y Fez merecen el mayor elogio; no se limitaron las varias columnas que entonces se movieron á dirigirse de un punto á otro y á retroceder al lugar de partida las que desempeñaban el papel de auxiliares de las principales, sino que todas ellas tuvieron señalada una línea de marcha completa, consiguiéndose que aún las mismas columnas que saliendo de un punto regresaron al mismo, lo hicieran después de una marcha que podría llamarse cíclica, sin retroceder nunca, y recorriendo en total las fuerzas francesas la zona que se proponían castigar y someter.

Por consiguiente, el sistema mal llamado de la "mancha de aceite," consiste en varios núcleos que se extienden prudencialmente hasta una distancia dada de los centros de operaciones, y varias, pocas ó muchas, columnas, que marchan de un núcleo á otro sin volver jamás la espalda

al enemigo. Se comprende desde luego que combinando los movimientos de las tropas de modo que haya siempre columnas que marchen en direcciones opuestas, la resistencia del enemigo queda anulada en los primeros combates, las tribus se sienten amenazadas en todos los puntos y han de someterse aun contra su voluntad y por muy guerreras que sean.

Favorecieron á los franceses en la Argelia y en las operaciones de Casablanca y Fez, en grado sumo, la naturaleza del terreno, por una parte, y por otra, el carácter pacífico y sedentario de los indígenas de aquellas comarcas; mientras que nosotros tenemos que superar los formidables obstáculos de los montes del pequeños Atlas y las cadenas del Uarga y los montes que separan á Tetuán del corazón del Rif; lo que á los franceses fué fácil, es dificilísimo para nosotros, por habernos correspondido el terreno más impropio para las operaciones militares y para las maniobras combinadas.

Con todo, poco á poco no hay más remedio que tender al sistema opuesto; no basta castigar á los moradores de un poblado, porque una vez esté destruído acudirán contingentes de otros más lejanos, que ya no perderán nada ni se verán amenazados directamente en sus intereses, y resultará que la campaña en un punto se prolongará porque irán acudiendo á él kabileños de otros lugares. Conviene, en cuanto se disponga de fuerzas suficientes, amenazar los núcleos rebeldes en sus mismas guaridas, para fijarlos y dividirlos, con lo que el triunfo será más decisivo y más rápido y más eficaces y permanentes los resultados obtenidos. Ciertamente, este procedimiento exige más fuerzas de las que hasta ahora disponemos en Marruecos y, sobre todo, un mando único, que se extienda en lo militar á toda nuestra zona de influencia; cierto es también que por el momento los combates serían más sangrientos y más numerosos, pero á la larga las operaciones durarían menos y la sangre derramada más escasa. Si se opera por zonas, se llegará á la pacificación de cada una de ellas, pero como continuarán sin someterse ni reconocer la superioridad de nuestras armas los habitantes de los territorios situados más allá, cada zona permanecerá poco menos que en estado de alarma perenne y habremos de emplear en la guarda de los territorios un verdadero ejército de ocupación.

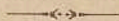
Por otra parte, muy conveniente sería que las operaciones decisivas, ó sea las combinadas, las emprendiéramos cuando los franceses se decidan á llevar á cabo las que les corresponden, para coger por fin al enemigo entre dos fuegos, y evitar que se corra á la zona francesa cuando operemos nosotros ó á la zona española cuando avancen los franceses. Y como esta combinación de esfuerzos de los dos ejércitos no puede saberse de antemano si se va á emprender ahora ó si tendrá lugar más adelante, porque ello ha de ser materia de acuerdo entre los dos Gobiernos, de aquí que no sea prudente discernir si las operaciones que actualmente se ve-

rifican tienen el carácter aislado y sencillo de pacificación de los territorios ocupados ó el más amplio y decisivo de someter á todos los kabilenos de la zona española. De suponer es que sea lo primero, porque lo segundo, que más ó menos pronto tendrá que acometerse, requiere como hemos dicho un mando único, el nombramiento de un general en jefe, y el transporte de todos los elementos necesarios para una campaña, difícil pero de corta duración, ó sea en copioso número y con todos los recursos de la técnica moderna. En cualquiera de las dos hipótesis es menester que todos nos persuadamos de que la campaña de Marruecos no es obra voluntaria, sino necesaria y tan nacional como lo sería una campaña para la defensa de nuestro propio territorio.

Conveniente es así mismo que tengamos muy en cuenta que no debemos combatir á los moros como á tribus salvajes sin organización ni disciplina, sino que debemos aplicar todos los principios de la guerra de nuestros tiempos, toda vez que los marroquíes son inferiores en ciertos aspectos á los ejércitos de las naciones civilizadas, pero les superan en ardimiento personal, en el conocimiento intuitivo de los métodos de combate, en el terreno en que se mueven y en no necesitar bases de operaciones tal como las entendemos en Europa. Cuanto más nos sujetemos á los sanos principios militares y cuanto más consideremos á los moros como un adversario respetable y temible, y no despreciable, tanto más eficaces é inmediatos serán los frutos que cosechemos y menor la efusión de sangre.

Por lo demás, los mismos franceses, que tuvieron que someterse á un largo y mortífero aprendizaje en Argelia, no han practicado siempre los principios de guerra que tan excelentes resultados les dieran en anteriores ocasiones. Puede disputarse al general Liautey como el último representante de la escuela francesa. Cuando los sucesos de Ujda y después, recientemente, en las operaciones que está llevando á cabo en Fez y Marrakech, se ha valido del sistema de la movilidad y de la combinación de columnas, fiando el éxito más que á los combates y al número de bajas causadas á los rebeldes, á la maniobra y á los movimientos simultáneos de varias columnas, que desconciertan y aterran al enemigo. Pero, igualmente recientes están las operaciones emprendidas hace poco más de dos meses en la región del Muluya por los franceses, que han terminado desastrosamente, sino por el número de muertos y heridos, sí por el hecho de haberse replegado las tropas invasoras y haberse desistido de proseguir el avance, lo cual necesariamente dificultará la penetración más adelante y habrá envalentonado á aquellas tribus. Es claro que tal operación era prematura, no habiendo dominado todavía nosotros la región inmediata, ni llegado las columnas del Atlántico lo bastante al interior para apoyar á las del Muluya; siendo esto cierto, se demuestra con ello que no deben emprenderse en Marruecos operaciones formales en una región sin contar

con la absoluta seguridad de que se las podrá llevar á cabo hasta el fin, no faltando fuerzas ni elementos para rematarlas. Preferible es aguardar algunos meses, hasta que sea posible combinar los esfuerzos en varias direcciones y desde comarcas diferentes, que empeñarse en operar en una dirección única, sacrificando las vidas que sean necesarias. Obrando de este último modo, el enemigo no se quebranta en su totalidad, y no faltan jefes prestigiosos y santones que arrastran á la guerra á contingentes procedentes de regiones muy alejadas, mientras que enlazando las operaciones en la totalidad de la zona ó en una gran parte de ella, por lo menos, se fija á las kábilas enemigas, se disminuye la resistencia en cada punto, el castigo se hace más general y ejemplar y se pone antes término á la guerra. De aquí que no quepa hablar de pacificación en tanto la acción de las armas no pueda desplegarse libremente desde el Muluja al Atlántico. A su costa lo han comprendido los franceses, que se limitan por ahora á batir los territorios más poblados y menos difíciles, dejando para más adelante el internarse en los montañosos é interiores, donde han de tropezar con las mismas dificultades que hemos encontrado nosotros desde el primer momento en el Rif y en las comarcas que lo limitan por el oeste.



LAS DOS GUERRAS

¿Qué mejor aprendizaje para la guerra que la misma guerra? En lucha hace cuatro años, con escasas interrupciones, con los moros en la costa Norte de Marruecos, nuestro ejército debe ser un instrumento completamente preparado para entrar en campaña y en disposición de aplicar en los campos de batalla verdad los principios y métodos que regulan la guerra de nuestros días. Tales son las opiniones que prevalecen en el país y aun en gran parte de los elementos profesionales. Y contra esa creencia es menester reaccionar, para no dar á lo que acontece en el Garb y Rif una importancia técnica que no tiene.

Ciertamente, la guerra se hace lo mismo, en lo relativo á las pequeñas unidades, contra los moros que contra un ejército europeo; pero no acontece lo mismo en lo que atañe á la conducción y dirección de grandes masas ni á la combinación de esfuerzos.

Por de pronto, aquellas campañas poseen un carácter distintivo que no tendrá igual en una verdadera gran guerra: el enemigo carece de cañones, no conoce la maniobra de masa, y está desprovisto de la solidaridad y homogeneidad de una tropa organizada. Su valor individual y el arte instintivo con que conduce el combate de guerrillas, nada tienen que envidiar á los ejércitos más reputados, pero de aquí no pasa la comparación en lo que le resulta de más favorable al adversario. En todo lo demás, los

moros están muy por debajo de cualquier ejército de país civilizado.

Un batallón, por ejemplo, adoptará con cortas diferencias los mismos métodos de combate contra los marroquies que contra otro enemigo, en lo relativo á la acción por el fuego, con la diferencia de que la fase resolutiva ó de ataque resuelto puede anticiparse en Africa, por no tener el enemigo cañones ni ametralladoras ni considerar como cobardía ó deshonor el volver la espalda á nuestras bayonetas; los jefes de sección, los comandantes de compañía, escuadrón y batería y los jefes de batallón, aprenderán y obtendrán provechosos frutos de la campaña en Marruecos, pero de aquí no pasan las ventajas, porque en lo que concierne al mando superior y á las unidades más elevadas, la guerra en Africa conducirá forzosamente á hacer perder la noción de la realidad, repitiéndose el caso de lo ocurrido con nuestras guerras civiles y coloniales.

No hay divisiones, ni cuerpos de ejército, y aun la unidad brigada no puede ser considerada como de composición constante y normal, porque no obligan á ello las necesidades de la campaña. Los jefes pueden y deben hacer uso de una iniciativa y libertad completamente imposibles frente á un ejército organizado, se simplifican los abastecimientos y convoyes, las marchas se reducen á un mínimo, la voluntad del enemigo queda reducido á un valor casi inverosímil y el problema estratégico en todo lo que toca el adversario casi desaparece.

De esta suerte, si la campaña de Marruecos es utilísima, desde el punto de vista de la instrucción profesional, hasta el grado de teniente coronel inclusive, es perjudicial para las categorías superiores, porque las pone frente á situaciones que no se presentarán nunca en una guerra formal en Europa; de modo que tales jefes y generales no solamente reportarán enseñanzas muy escasas, sino que habrán de reaccionar y precaverse contra las lecciones deficientes recibidas en los campos africanos, lecciones útiles en aquel continente, pero que pueden conducir á funestas consecuencias si se intenta trasladarlas al nuestro.

Y aunque parezca que estamos muy lejos de tener que intervenir con las armas en la mano en ninguna contienda europea, nadie sabe lo que puede suceder, siendo todos los indicios favorables á que en un plazo breve se enciendan conflictos en los que aun contra nuestra voluntad habremos de participar. Cuando este caso llegue, tendrá más importancia lo que aquí hagamos en seis meses, que lo realizado en Africa en doce años: siempre desde el punto de vista de la instrucción profesional.

Claro es que mientras las operaciones en la costa de Africa consuman grandes recursos y nos obliguen á tener allí destacado á un núcleo considerable de nuestro ejército, no cabe pensar siquiera en hacer más completas las prácticas de las tropas que permanecen en España, porque no hay nación, aparte de dos ó tres favorecidas por los dones de la fortuna, que puedan atender á la vez á necesidades tan diferentes y que requieren tantos gastos.

Aun en los mismos recursos técnicos de la guerra moderna, la de Marruecos ha de producir inevitablemente la tendencia á estimar que no son tan necesarios algunos como se viene diciendo en los libros y en las revistas militares, inspirando en las tropas una confianza que puede pagarse cara más adelante; recuérdese sino el ejemplo de lo que les ocurrió á las reputadas masas de zuavos y á los generales franceses educados en los campos de Argelia cuando tuvieron que hacer frente á los prusianos: el valor personal, las cargas á la bayoneta, el desprecio á la muerte, no sirvieron más que para apresurar y hacer más completa la dispersión y la derrota.

De todo esto se infiere que al concluir la campaña en Africa no debe prescindirse, cueste lo que cueste, de completar sus enseñanzas con maniobras parciales y generales, anuales ó bi-anales, que den ocasión para afirmar lo aprendido, aquello que sólo se aprende bajo las balas y presencia del enemigo, y para completarlo orientándolo en el sentido de la gran guerra. De lo contrario, aun contra la voluntad de todos y cada uno, tendremos irresistible tendencia á practicar el día de mañana frente á un ejército organizado lo que tan buenos resultados diera antes contra un enemigo sin organizar y sin los recursos de que disponemos y de que dispondrán en mayor escala otros países.

Por lo pronto, hay que prevenirse contra las consecuencias de esas campañas de Marruecos, no dándoles más alcance que el que realmente tienen: guerras irregulares contra un enemigo todavía más irregular. Dicho sea todo ello sin tratar de disminuir los méritos y la gloria de nuestras tropas; antes al contrario, ejército que lucha como el español contra un adversario tan fiero sin arredrarle los peligros ni los obstáculos del terreno, ni amilanarse por las privaciones y las fatigas, bien merece que se le atienda lo bastante para que en ningún concepto resulte inferior á los más reputados, ya que no estará en su mano completar y perfeccionar su instrucción.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA.

EL INSTINTO EN LA ESTRATEGIA
Y TÁCTICA DE LOS FRANCESES
POR EL CAPITÁN JAHN, DE LA INFANTERÍA ALEMANA

Al juzgar la estrategia y táctica de los franceses, es muy fácil considerarla inferior á la de los alemanes, porque en ellas no se revela la idea de la ofensiva. Y, sin embargo, la ofensiva, ó sea la voluntad de vencer y de dominar, la poseen todos los seres vivientes y las naciones; sólo que es preciso no confundir entre sí la manera y los medios de expresarla. No son las armas, ni los métodos de combate lo decisivo en esta cuestión,

sino que ambos se acomodan á la tendencia de la voluntad y al sentimiento de la lucha. Pero de ello cuida la naturaleza, con el instinto que, inconscientemente, creó el arma y el escudo, los medios de ataque y de defensa. Y en esto debemos buscar el motivo principal del método de lucha del individuo y del sistema de guerra de una nación.

Sólo así llegaremos á entenderlos y á comprender los medios para resistirlos. La estrategia y la táctica son necesidades absolutas, sometidas á la ley de la evolución, como lo está la formación de un carácter. Y la táctica es la acción de un carácter, cuyo origen está en el sentimiento, no la inteligencia.

El francés y el alemán son ambos arios, y, sin embargo, son muy distintos psicológicamente, pues el uno, como romano, está abrasado por el sol del sur, al paso que el otro, como germano, siente el frío de los hielos del norte. Ardorosos y rápidamente se manifiestan los sentimientos del francés; con frialdad y lentitud los del alemán; el uno es apasionado y arrebatado; el otro, tranquilo, impetuoso y tenaz. ¿Se debe, pues, á la casualidad que el francés inventara el ligero y elegante avión, y el alemán el lento y grandioso dirigible?—Es indudable que, instintivamente, y en armonía con su carácter, fabricaron sus armas de combate. El romano el delgado puñal, el germano la pesada maza, pues el francés punza y el alemán corta. Reconocemos esta elemental diferencia entre los modos de lucha, estudiando el sistema de esgrima de *corte y estocada* que conservamos nosotros del tiempo de los romanos, y según el cual el alemán desdén en el duelo la estocada y lo decide todo por la cuchillada, mientras que el francés procede inversamente. Esta particularidad característica es la base para apreciar los principios estratégico-tácticos.

La diversidad de las dos armas primitivas revela también una diferencia típica en los sistemas de lucha. Y como, según Clausewitz, la guerra no es otra cosa que un duelo ampliado, deben conservarse claramente en los métodos de guerra las formas de la lucha individual.

La dirección suprema de los ejércitos en Francia persigue la idea fundamental de mover las tropas de tal modo que puedan atenderse á todas las posibilidades, no dejando nunca nada al azar. Y por esto los ejércitos se dirigen contra el enemigo, formados con mucho fondo y un frente muy reducido—dos cuerpos de ejército pueden seguir el mismo camino—evitando los amplios movimientos envolventes con tendencia á la concentración y llevando al ataque el grueso de las fuerzas, metódicamente y no por sorpresa, sólo cuando los combates de fracciones del ejército destacadas hayan descubierto la situación y el punto vulnerable del enemigo. Esta idea estratégica nos resulta casi incomprensible, porque es totalmente opuesta á la nuestra. También hay en Francia una moderna escuela que condena estos procedimientos de guerra, vacilantes y á la expectativa, y en los cuales se subordina la voluntad propia á la del enemigo, puesto que

buscan sólo posibilidades, en lugar de crearlas. Empero estas voces resuenan sin eco en los reglamentos; ni siquiera bastan para convencer y advertir, señalando los testimonios de la historia. Explicase tal tenacidad en los métodos, acudiendo á la cuna de las ideas, donde reside lo inconsciente, pues por experiencia propia [se sabe que las mejores razones no sirven para persuadir, cuando en lo profundo de nuestro corazón habla en contra de todas las argumentaciones un algo que no puede definirse ni razonarse. Con este poder se adueña de nosotros el instinto.

Si observamos que el francés es por naturaleza un aficionado y maestro del florete—un puñal alargado—y que la tendencia de la lucha con esta arma consiste en estudiar con fintas astutas el juego del enemigo poniéndolo nervioso é induciéndolo á descubrirse, para lanzarse entonces elásticamente á fondo y clavarle el largo puñal en medio del corazón, comprenderemos la gran semejanza entre esta lucha individual y la estratégica de las tropas. El frente reducido y la delgada y larga formación en profundidad revela claramente el juego del florete. Los numerosos y pequeños destacamentos á vanguardia de los ejércitos que, tan pronto aquí como allá, excitan al enemigo y le obligan á empeñarse inoportunamente, corresponden á las frases preparatorias del florete. Movilidad, maniobra es el alma del florete; maniobra es el alma de la dirección de las tropas. Se evita el movimiento envolvente iniciado por el despliegue; se evita la estocada al costado ó flanco, porque en el florete se produce así un descubierta peligroso; únicamente debe tirarse sobre el flanco enemigo cuando éste, por torpeza, lo presente. En los duelos á florete no es la ofensiva en sí lo que decide la suerte, sino el golpe bien dirigido al corazón. Y lo mismo en la lucha de masas.

[De cuán distinta manera obra el alemán! Coje al enemigo por el pecho con la mano izquierda y lo raja con la derecha. Traducido tácticamente: lo detiene vigorosamente de frente, procurando el golpe contra el flanco desde lejos; avanza, sin titubeos, y con un paso amenazador, sobre el enemigo y trata de ahogarlo estratégicamente con los dos brazos. Muy claro se ve, por lo tanto, que el método de lucha está arraigado en la naturaleza y carácter, y de qué manera el instinto domina los propósitos elementales.

En la táctica, la misma idea que en la estrategia. El francés evita el combate de encuentro, cuyo resultado depende de la casualidad y en el cual la situación es incierta é indefinida. Prefiere siempre el ataque metódico con la idea predominante de maniobrar, para atraer y excitar, hasta que, adquiridas noticias seguras sobre las disposiciones del enemigo, puedan empeñarse las fuerzas del grueso, mantenidas á cubierto, en un ataque contra el punto débil del enemigo. El ataque lo descompone el francés en tres partes: preparación, ejecución y terminación. Esta división es interesante, por cuanto representa el sistema ó esquema, segun el cual aprende y ejerce la esgrima.

De igual manera que procedió Napoleón con sus generales, así procede el maestro [de esgrima con sus discípulos. La esgrima instintiva se convierte, con el auxilio de la inteligencia, en un arte enseñable que eleva las aptitudes específicas del individuo francés. El arte de la esgrima y el de la guerra de los franceses es, ante todo, nacional, sin mezcla alguna extranjera.

Examinando, aunque ligeramente, las particularidades del ataque francés, veremos en él la tendencia del asalto á florete, aunque transportada á lo grandioso. Los despliegues contra el frente enemigo, en apariencia sólidos y en realidad sueltos y poco consistentes, son imagen de las fintas; la irrupción del centro contra el centro es la estocada al corazón; y las reservas, mantenidas á retaguardia y no empleadas en la irrupción, son la mano izquierda que, al caer á fondo, se extiende hacia atrás para mantener el equilibrio del cuerpo y comunicar al golpe mayor furia. Tenemos ante nuestra vista la táctica de batalla del gran Napoleón. Y en ella precisamente reconocemos el poder elemental del instinto, porque Napoleón y Federico el Grande, lo mismo que los afamados caudillos de la historia, comprendieron y utilizaron el alma y el sentimiento de los pueblos. El genio radica en el alma; el genio lo produce el pueblo, como expresión de su voluntad. Reconociendo esta verdad y con la mirada puesta en Napoleón, es aventurado el afirmar que á los franceses les falte espíritu ofensivo. El francés es en el fondo de su alma ofensivo, sólo que los medios de la ofensiva, los símbolos externos de ésta, son distintos de los germanos. Y aunque también sabemos de Königgrätz que Benedek perdió la batalla porque no atacó en el momento oportuno—como magnate magiar manejaba el sable curvo—tampoco puede asegurarse que un francés hubiera fracasado en aquella ocasión, sino que, al contrario, hay que esperar de él que, siendo buena el arma y bien reconocida la debilidad del enemigo, le dirá la naturaleza inadvertidamente: "Ahora es el momento de la irrupción". Un jefe genial no desaprovecha nunca el momento oportuno.

Así se concibe también que en la táctica, como en la estrategia, no hayan sido comprendidas, en la propia nación, las lamentaciones de modernos escritores militares franceses. El historiador militar moderno advierte los peligros de un ataque en masa, antes de obtener la superioridad del fuego, aconseja que las reservas no se destinen al choque, sino que se empleen en reforzar y extender el fuego, y considera, al propio tiempo, con espanto que el retener las reservas para la maniobra es una inducción fatal á la expectativa irresoluta y vacilante. Pretende, por lo tanto, con el poder de la inteligencia, que iguala la táctica de todas las naciones, matar el poder del instinto, que crea y mantiene la vida. Porque el francés es, por herencia, apasionado y violento y muy diestro en la utilización del terreno. Su táctica de fuegos no tiene por objeto la destrucción

del enemigo, manteniendo el fuego de tiradores durante mucho tiempo y con gran cuidado. No; lo esencial para él es el efecto moral que producen las ráfagas de fuego bruscas y breves; para él es decisivo é irreductible el avance incesante. El francés ama el *elan* y conoce las llamaradas de su pasión.

En la defensa notamos el mismo sistema que en el ataque. Y aparecen también aquí las características del asalto á florete; guardias y fintas, paradas y contestaciones.

Para completar el cuadro, veamos el procedimiento en una posición defensiva, en la cual las líneas están dispuestas sucesivamente para cubrir el cuerpo de tropas maniobrero, la reserva principal destinada al choque, en el momento y ocasión oportunos. Si el enemigo ataca y arrolla la primera línea, se retira ésta por ambos costados, encontrando aquél otra nueva, y así sucesivamente hasta que, cansado y agotado, sucumbe al golpe breve y enérgico de la reserva principal. Se ve aquí un procedimiento artificioso, creado por el instinto y la inteligencia. Pero la inteligencia trabaja en favor del instinto, nunca contra él.

Las normas de la necesidad absoluta y de la ley de evolución explican la adopción de tales artificios y su predominio en la táctica francesa. En nosotros, los alemanes, desterró Clausewitz para siempre la estrategia y táctica geométricas de otros tiempos. En nosotros encarnó este filósofo porque es ingénita en los germanos la tendencia á la naturalidad, simple y sin revestimientos artificiosos. En los franceses es distinto. Después de un largo y exuberante periodo de cultura, llegaron á comprender que la razón debía triunfar en la vida. Con la elasticidad, tan propia en ellos, y con los destellos apasionados de su instinto, consideraron la inteligencia como la fuerza avasalladora, á la cual todo debía someterse. Y así se atrevieron, hace poco más de un siglo, á erigir un altar á la diosa razón, despreciar el poder de lo desconocido. Además, la ciencia, la sabiduría de mundos antiguos pasó por Francia hacia el nordeste de Europa. Y estos países encontraron en el siglo XVII en España é Italia el juego de los reyes en el reino de la inteligencia, el ajedrez, para cuyo estudio se fundaron escuelas en Francia, de fama universal. El tanteo prudente aclara la situación; el plan y la resolución se deducen de las jugadas del enemigo. Desde luego reconocemos una asombrosa semejanza entre el ajedrez y la táctica francesa.

Son, por consiguiente, el florete y el ajedrez, el instinto y la inteligencia, los creadores invisibles del arte de la guerra francés. La estrategia y la táctica son productos históricos, son la suma de evoluciones espontáneas, lo mismo en los franceses que en los alemanes. El instinto es el soberano; la inteligencia su ministro. El instinto crea la ofensiva, la inteligencia la regula.

Traducido por el MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

(Del *Militär Wochenblatt*)

EL SITIO DE YANINA

Mucho se ha escrito acerca de la toma de Yanina por los griegos, durante la pasada guerra de Oriente. La opinión general es que no fué la fuerza de las armas el argumento resolutivo; pero la verdad tardará en conocerse. Claro es que los griegos sostienen que la rendición de la fortaleza se debió á las victorias que alcanzaron sobre los turcos. De todos modos resulta interesante conocer la versión oficial que dieron sobre aquel hecho de armas, por lo cual copiamos á continuación el parte del príncipe (hoy rey) Constantino, comandante del ejército de operaciones, con fecha 13 de marzo; dice así:

“La fortaleza de Yanina forma un vasto campo atrincherado, de unos 50 kilómetros de circunferencia. Lo limitan una sucesión de rígidas alturas fuertes por naturaleza, en las cuales habían sido apostadas varias baterías y atrincheramientos para Infantería, que se apoyaban mutuamente y barreaban los caminos que conducen á Yanina. Cerca de Bishani, el punto más fuerte era uno que se encuentra al Este del lago de Yanina, en el camino de Sergiana. De los 102 cañones que los turcos tenían en Yanina, 70 estaban montados en los dos frentes de Bishani y el lago, especialmente 50 de ellos en los fuertes de Bishani. Las fortificaciones estaban reforzadas por atrincheramientos auxiliares y defensas accesorias, con preferencia alambradas.

“El ataque del día 20 de enero puso á nuestro ejército en contacto con el frente Sur y algunos sectores del frente Este. En ciertos puntos, nuestras avanzadas se establecieron á 300 metros de las alambradas enemigas. Pero el adversario no cesó de reforzar su principal posición, en la cual concentró todos los recursos de que podía disponer en hombres y medios.

“El 23 de enero tomé el mando del ejército del Epiro. Hasta el 23 de febrero las operaciones se redujeron á escaramuzas y combates de artillería sin importancia; aprovechóse este periodo para estudiar un plan de ataque general y realizar los preparativos al efecto.

“El exámen atento de las probabilidades de éxito contra los frentes Sur y Este (Kastritza y Bishani) condujo á la convicción de que tales frentes no eran inexpugnables, pero que su conquista exigiría grandes sacrificios. Decidí, por consiguiente, intentar un ataque por sorpresa contra el frente oeste, que, aun cuando naturalmente fuerte, estaba peor defendido. Este ataque, además de tener grandes probabilidades favorables, tenía la ventaja de romper las líneas enemigas y poner á mi ejército en la línea más corta que conduce á Yanina, permitiendo por lo tanto envolver y rodear la posición de Bishani, y aun atacar de revés el sector que no estaba fortificado. Bishani no era en realidad un fuerte destacado,

sino un frente atrincherado, la mayoría de cuyos fuertes y baterías estaban del lado Sur y Este en las laderas y crestas de esta parte. Consideré que si á la vez emprendíamos un ataque simultáneo contra los frentes Sur y Norte, resultaría insostenible la posición de Bishani y sus defensores habríanse de rendir, toda vez que estando cortados de Yanina tendrían que sucumbir por hambre.

“Para que el ataque por sorpresa diera resultado, estimé que era menester:

“1.º Inducir al enemigo á la creencia de que el ataque principal se verificaría por el Este; con tal objeto, y á despecho de las grandes dificultades que oponía el terreno, reforcé mi ala derecha con artillería de campaña y de sitio, y ordené que una brigada mixta avanzara desde Metzovo y ocupara Driskos.

“2.º Concentrar grandes fuerzas en mi izquierda, sin que lo advirtiera el enemigo. Para ello me abstuve de mover mis unidades avanzadas que estaban en contacto con el sitiado; formé reservas en cada división que por medio de marchas nocturnas y también cubriéndose en los reparos del terreno fueron llevadas á mi ala izquierda.

“3.º Formar en Emin Aga un gran depósito de provisiones, municiones de todas clases, ambulancias y medios de transporte. Esto era necesario para abastecer á las columnas que marcharan hacia mi ala izquierda para formar las columnas de ataque.

“4.º Inmovilizar las tropas enemigas que estaban fuera de Yanina é impedir que acudieran en auxilio de la fortaleza el día del ataque general, y al mismo tiempo llevar al ánimo de la guarnición la creencia de que este día estaba muy lejos. Con este objeto dispuse que se efectuara una tentativa de desembarco en Santi Quaranta, propalé rumores de que este desembarco lo realizaría toda una división; este ardid no solamente ocuparía las fuerzas del sitiado que se encontraban en la zona de Delvinon, sino que acaso diera por resultado distraer otras fuerzas enemigas desde Yanina. Ordené también á la tercera división que avanzara desde Koridya y que parte de la quinta división avanzara desde Furka. Estos movimientos se encaminaban á que el enemigo creyera que yo esperaba la llegada de fuerzas procedentes del Norte antes de comenzar el ataque general, y calculara que el ataque no tendría lugar antes de ocho días, cuando en realidad me proponía emprenderlo antes de dos ó tres.

“Todos estos preparativos fueron llevados á cabo con el mayor secreto y con orden y regularidad ejemplares, á despecho de las tormentas de nieve que á la sazón se desencadenaron y de lo montañoso del país. Pude concentrar en mi ala izquierda, desde el 2 de marzo á la mañana del día 4, veintitrés batallones de infantería y seis baterías de artillería de montaña bajo el mando del general Moskopoulos. Las dos primeras columnas se concentraron en el desfiladero de Maniolasas.

“Durante la ejecución de estos movimientos, dispuso se emprendiera un enérgico cañoneo desde los frentes Este y Sud contra las posiciones turcas, con todas las baterías disponibles, para ocupar la atención del enemigo y evitar que se diera cuenta del plan en ejecución; y combiné con este bombardeo el fuego de infantería, para obligar al sitiado á desplegar y causarle las mayores pérdidas posibles. (De hecho, y según supimos después, los 15.000 proyectiles disparados aquel día contra Bishani hicieron muchísimas bajas al enemigo). Al mismo tiempo expedí orden á la brigada mixta para que atacara y ocupara Driskos y Kontovraki.

“El bombardeo continuó, aunque no tan intenso, durante toda la noche para fatigar al enemigo. En la mañana del 5 de marzo, ordené el ataque general. Nuestra ala derecha avanzaría lentamente contra el frente Este; nuestro centro llamaría la atención del sitiado mediante el fuego de infantería y artillería; y nuestra izquierda efectuaría el ataque por sorpresa contra el frente oeste. La artillería efectuará un cañoneo vigoroso sin interrupción. Todas estas órdenes fueron ejecutadas al pie de la letra.

“A las siete de la mañana, la columna de la izquierda tomó los atrincheramientos y la batería de cuatro cañones de la colina Tsuka, por un ataque por sorpresa. Un poco después, otra porción de esta columna se apoderó de las baterías y atrincheramientos de San Nicolás después de un desesperado combate; y la tercera porción conquistó las baterías del fuerte Doruti. La columna de la derecha desalojaba entretanto al enemigo de las alturas de Maniolas. A las tres de la tarde, densas columnas del enemigo fueron vistas bajando de todas las alturas de la izquierda hacia el llano de Yanina, perseguidas de cerca por nuestras tropas. Una tentativa de los turcos para reunirse junto á Rapista abortó gracias al fuego de nuestra artillería de montaña, que les dispersó con grandes pérdidas y les obligó á huir en desorden hacia Yanina. Todo el frente del ala izquierda, desde Sadovista á San Nicolás, cayó en nuestras manos, apoderándonos de veinte cañones. Entre tres y cinco de la tarde, parte de nuestras columnas descendieron al llano persiguiendo al enemigo, mientras el resto se movía hacia el norte en dirección á las fortificaciones de Sadovista. Poco antes de anochecer, nuestros batallones de cazadores alcanzaron un punto distante 500 metros de Yanina, y cortaron la comunicación telefónica entre la plaza y Bishani, aislando mutuamente ambos puntos. Behib Bey, gobernador del fuerte, sólo podía trasladarse á Yanina por el camino del lago, según él mismo manifestó después de la rendición.

“Mis órdenes para el día 6 prescribían la continuación del ataque contra las crestas del frente N. O. de Bishani y la ocupación de sus obras defensivas envolviéndolas por la gola.

“Viendo el comandante en jefe del ejército turco que su posición era desesperada é inútil la prolongación de la resistencia, me envió sus parlamentarios proponiéndome la capitulación sin condiciones de la plaza y

de toda la guarnición. En consecuencia, á las cinco de la mañana del 6 de marzo ordené la suspensión del fuego de artillería, que no se había interrumpido en toda la noche. La rendición de los turcos comenzó al amanecer; las minutas oficiales de la capitulación fueron firmadas á las dos de la tarde del 6 de marzo".

EL NUEVO OBÚS DEL EJÉRCITO FRANCÉS

Las características del nuevo obús ligero de campaña que recientemente ha entrado á formar parte del material de artillería del ejército francés, son las siguientes, según encontramos en la prensa extranjera:

Calibre, 10,5 centímetros.

Peso de la pieza en batería, 1.160 kilogramas.

Peso del avatrén cargado con 18 proyectiles, 790 kilogramos.

Peso del carruaje-pieza, 1,950 kilogramos.

Peso del carruaje-armón, con 32 proyectiles, 1.900 kilogramos.

Espesor del escudo, 4 milímetros.

Sector vertical de tiro, de 3° á 43°

Sector horizontal de tiro, 5°

Shrapnel	{	peso del shrapnel, 16 kilogramos.
		número de balines, 370.
		peso de cada balín, 15 gramos.

Granada rompedora	{	peso de la granada, 16 kilogramos.
		peso de la carga rompedora, 3,140 kilogramos.
		peso del proyectil, 16 kilogramos.

Proyectil único	{	número de balines, 317.
		peso de cada balín, 15 gramos.
		peso de la carga rompedora, 0,830 gramos.

Velocidad inicial con la carga máxima, 300 metros.

Fuerza viva inicial con la carga máxima, 73,4 tm.

Alcance máximo con la carga máxima, 6.400 metros.

Velocidad de fuego, 10 á 12 disparos por minuto.

Este obús ha sido fabricado por la casa Schneider. El afuste es elástico y de retroceso constante. No tiene equilibrador. La carga puede efectuarse cualquiera que sea el ángulo de elevación. En ningún caso la recámara puede tropezar con el terreno.

El Gobierno francés ha recabado créditos para disponer del número necesario de obuses antes de cinco años, con el fin de tener dotado al ejército. Es de creer que la fabricación, si se lleva á cabo, terminará antes de que concluya el año próximo.

BIBLIOGRAFIA

Recuerdos de Menéndez Pelayo, discurso leído en el Ateneo de Vitoria, por D. Eduardo de Oliver-Copóns, Coronel de Artillería.—Vitoria, 1913. 24 páginas (21 × 14).

Precioso trabajo literario del distinguido Coronel y conocido escritor señor Oliver-Copóns. La amistad que al autor unía con el insigne polígrafo honra de España, es causa de que las páginas del discurso estén avaloradas con apreciaciones y recuerdos que no suelen hallarse en publicaciones de esta índole. Resplandece en el *Discurso*, junto a una prosa brillante é impecable, la afición del autor á los estudios militares é históricos, formando un conjunto digno de loa y de los altos méritos de Menéndez Pelayo. Reciba nuestra cordial felicitación el señor Coronel Oliver-Copóns, cuya pluma está más ociosa de lo que convendría al ejército.

Pro Aris et Focis, por el P. Antonio de Madariaga, de la Compañía de Jesús, con un prólogo del Coronel de Artillería D. Eduardo de Oliver-Copóns.—Valladolid, 1913.—168 páginas (22 × 14) con los retratos del teniente de Caballería D. Jaime Samaniego y del soldado de Infantería Alejandro García, muertos heroicamente en la campaña del Rif.—2,50 pesetas.

Comienza este libro con varias alocuciones sagradas con motivo de las festividades de la Purísima Concepción, Santiago, Santa Bárbara, San Fernando y la primera misa de un capellán castrense; siguen luego una conferencia sobre las escuelas laicas y los católicos españoles, una biografía del soldado Alejandro García, varios artículos militares y otra biografía del Teniente de caballería D. Jaime Samaniego.

En toda la obra se echa de ver la íntima unión que debe existir entre la religión y las armas, la misión paralela y en cierto modo complementaria que tienen á su cargo los sacerdotes y los militares, y el sano y vibrante patriotismo del ilustre Jesuita, que tan ardiente amor demuestra al Ejército. Breves, soberbiamente escritas, las alocuciones y las conferencias y los artículos, su lectura sabe á poco y está preñada de saludables enseñanzas.

El prólogo del señor Coronel Oliver-Copóns es una de las mejores obras que han salido de su pluma, con lo cual queda hecho su mayor elogio.

Merecedora es esta obra de ser conocida y divulgada en todos los Cuerpos, porque la buena doctrina, vestida y adornada además con tan espléndido ropaje, por mucho que se difunda nunca lo será bastante.